



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 27 de abril de 2005

Pongo mi ministerio al servicio de la reconciliación

Amadísimos hermanos y hermanas:

Me alegra acogerlos. Dirijo un cordial saludo a todos los presentes, así como a los que nos siguen a través de la radio y la televisión. Como ya dije en el primer encuentro con los señores cardenales, precisamente el miércoles de la semana pasada, en la capilla Sixtina, experimento en mi alma durante estos días de inicio de mi ministerio petrino algunos sentimientos opuestos entre sí: asombro y gratitud con respecto a Dios, que ante todo me sorprendió a mí mismo, llamándome a suceder al apóstol Pedro; y temor interior ante la magnitud de la tarea y de las responsabilidades que me han sido encomendadas.

Sin embargo, me da serenidad y alegría la certeza de la ayuda de Dios, de su Madre santísima, la Virgen María, y de los santos protectores. Me conforta también la cercanía espiritual de todo el pueblo de Dios, al cual, como repetí el domingo pasado, pido que me siga acompañando siempre con insistente oración.

Después de la muerte de mi venerado predecesor Juan Pablo II, hoy se reanudan las tradicionales audiencias generales de los miércoles. Volvemos a la normalidad. En este primer encuentro quisiera comentar, ante todo, el nombre que escogí al llegar a ser Obispo de Roma y Pastor universal de la Iglesia. He querido llamarme Benedicto XVI para vincularme idealmente al venerado Pontífice Benedicto XV, que guió a la Iglesia en un período agitado a causa de la primera guerra mundial.

Fue intrépido y auténtico profeta de paz, y trabajó con gran valentía primero para evitar el drama de la guerra y, después, para limitar sus consecuencias nefastas. Como él, deseo poner mi ministerio al servicio de la reconciliación y la armonía entre los hombres y los pueblos, profundamente convencido de que el gran bien de la paz es ante todo don de Dios, don —por desgracia— frágil y precioso que es preciso invocar, conservar y construir día a día con la aportación de todos.

El nombre Benedicto evoca, además, la extraordinaria figura del gran "patriarca del monacato occidental", san Benito de Nursia, copatrono de Europa juntamente con san Cirilo y san Metodio, y las santas Brígida de Suecia, Catalina de Siena y Edith Stein. La progresiva expansión de la orden benedictina, por él fundada, ejerció un influjo inmenso en la difusión del cristianismo en todo el continente. Por eso, san Benito es también muy venerado en Alemania y, particularmente, en Baviera, mi tierra de origen; constituye un punto de referencia fundamental para la unidad de Europa y un fuerte recuerdo de las irrenunciabes raíces cristianas de su cultura y de su civilización.

De este padre del monacato occidental conocemos la recomendación que hizo a los monjes en su Regla: "No antepongáis absolutamente nada a Cristo" (*Regla* 72, 11; cf. 4, 21). Al inicio de mi servicio como Sucesor de Pedro pido a san Benito que nos ayude a mantener firmemente a Cristo en el centro de nuestra existencia. Que él ocupe siempre el primer lugar en nuestros pensamientos y en todas nuestras actividades.

Mi pensamiento vuelve con afecto a mi venerado predecesor Juan Pablo II, con el que tenemos una gran deuda por la extraordinaria herencia espiritual que nos dejó. "Nuestras comunidades cristianas —escribió en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*— tienen que llegar a ser *auténticas escuelas de oración*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, hasta el arrebató del corazón" (n. 33).

Él mismo trató de aplicar estas indicaciones dedicando las catequesis de los miércoles de los últimos tiempos a comentar los salmos de Laudes y Vísperas. Como hizo al inicio de su pontificado, cuando quiso proseguir las reflexiones comenzadas por su predecesor sobre las virtudes cristianas (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de octubre de 1978, p. 11), también yo quiero proponer en las próximas citas semanales el comentario que él había preparado sobre la segunda parte de los salmos y los cánticos que componen las Vísperas. Por eso, el miércoles próximo reanudaré sus catequesis precisamente desde donde se habían interrumpido, en la audiencia general del pasado 26 de enero.

Queridos amigos, gracias de nuevo por vuestra visita; gracias por el afecto que me dispensáis. Son sentimientos a los que correspondo cordialmente con una bendición especial, que os imparto a vosotros, aquí presentes, a vuestros familiares y a todos vuestros seres queridos.

Saludos

Saludo ahora a los peregrinos españoles y a la Estudiantina del Instituto católico "La Paz" de Querétaro (México), así como a los demás fieles venidos de España y América Latina, y a cuantos están unidos a través de la radio o la televisión. Queridos amigos: gracias por vuestro afecto; os bendigo a todos, a vuestras familias y seres queridos.

(En italiano)

Doy una cordial bienvenida a los peregrinos de lengua italiana; saludo a los fieles de la archidiócesis de Espoleto-Nursia, acompañados por su pastor, mons. Riccardo Fontana; a los seminaristas de Bérgamo y a los estudiantes del liceo "Cairolì" de Vigevano. A todos invito a continuar en el compromiso de adhesión a Cristo, testimoniando el Evangelio en todos los ámbitos de la sociedad.

Mi pensamiento se dirige, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Que el Señor resucitado llene de su amor el corazón de cada uno de vosotros, queridos *jóvenes*, para que estéis dispuestos a seguirle con entusiasmo; a vosotros, queridos *enfermos*, os sostenga para que aceptéis con serenidad el peso del sufrimiento; y a vosotros, queridos *esposos*, os guíe para que hagáis que vuestra familia crezca en santidad.

Concluyamos nuestro encuentro cantando la oración del padrenuestro.